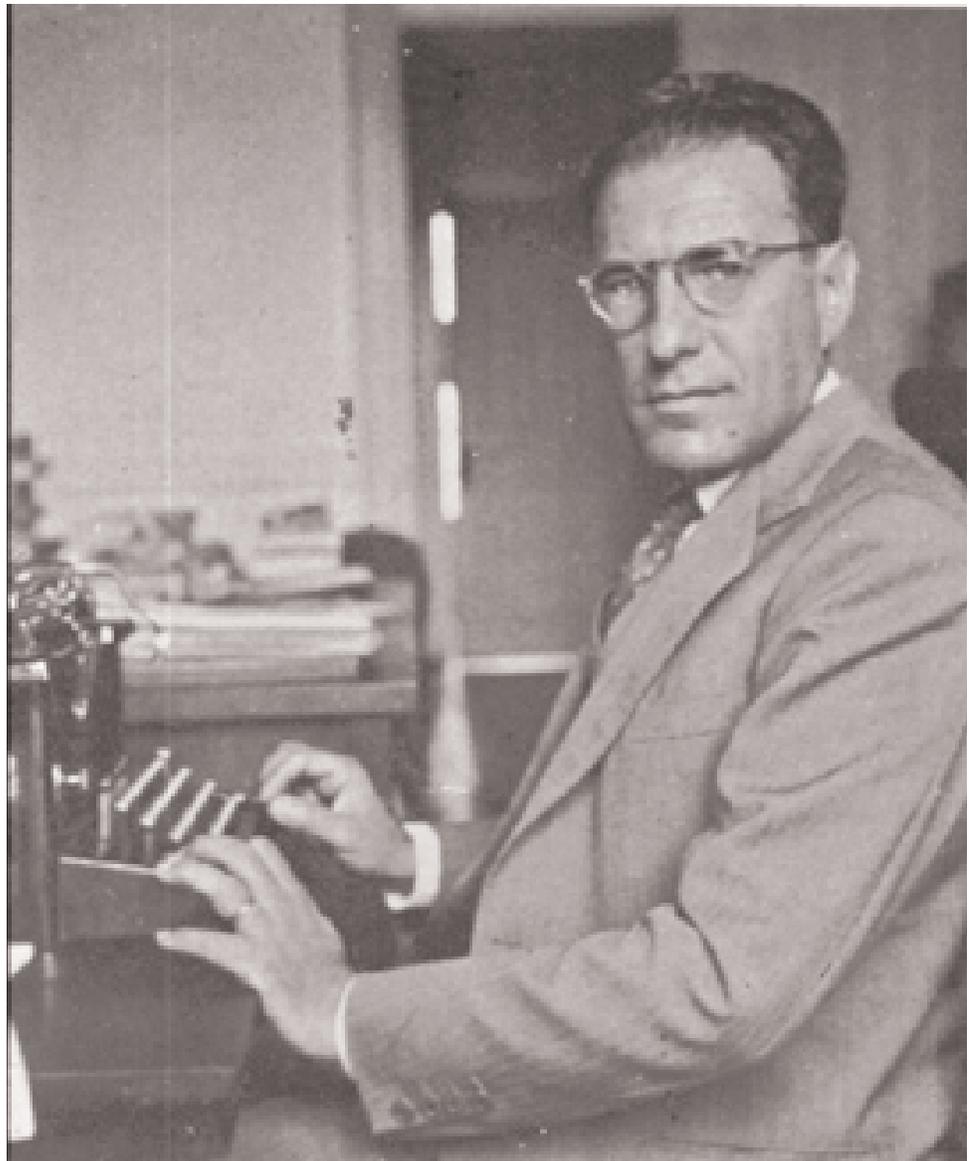


Epigramática

Martín Luis Guzmán



Epigramática apareció, de 1953 a 1962, como una columna semanal de la revista *Tiempo*. Al igual que otras secciones de la revista, ésta era de carácter anónimo, pero todo parece indicar que el autor es el entonces director del semanario, Martín Luis Guzmán. Próximamente será publicada, bajo el sello de la Dirección de Literatura en su serie *El Estudio*, una compilación realizada por Ignacio Díaz Ruiz, quien también es el responsable de la edición y del prólogo.

Martín Luis Guzmán en su estudio de la casa de Ambers 43

Exhibición de errores. “Empresa Norteamericana (1) solicita personas bien relacionadas con empresas fuertes (2)”, se dijo en un anuncio. “Requisitos indispensables: buena presentación (3) y referencias de trabajo y sociales, los—las— que serán *checados —das—* (4)”. Vale la pena analizar en seguida tales disparates. (1): El gentilicio se escribe en inglés con mayúscula: *Canadian, Mexican, Cuban*; pero en nuestro idioma lleva minúscula: *canadiense, mexicano, cubano*. En lo transcrito debió ponerse: “Empresa norteamericana”.

Pochismo y galicismo. (2): El vocablo *strong* quiere decir, ante todo, fuerte. Mas no en todos los casos equivale tal anglicismo a esta palabra castellana. A veces corresponde a términos como sólido, firme, concentrado, capaz, violento, sano, enérgico, activo, resuelto, etc. No puede traducirse a *strong imagination* —una imaginación fecunda— por “una imaginación fuerte”, ni a *man strong in loyalty* —un hombre de lealtad a toda prueba— por “un hombre fuerte en lealtad”, ni a *strong partizan* —un celoso partidario, un partidario decidido— por “un partidario fuerte”, ni a *strong custom* —un hábito arraigado— por “una costumbre fuerte”, ni a *strong price* —un precio tendiente al alza— por “un precio fuerte”, ni a *strong bank* —un banco bien establecido, de suficientes recursos— por “un banco fuerte”, ni a *strong meat* —una carne de difícil digestión— por “una carne fuerte”. Poderoso es sinónimo de fuerte, pero no se dirá que una persona débil, aunque en condiciones de ejercer un gran poder gracias a su dinero, es una persona fuerte, sino poderosa. Asimismo, *strong company*, en fin, no es precisamente una compañía fuerte, sino una compañía, una empresa poderosa, de recursos y, por ende, prestigiada. (Son galicadas, dicho sea de paso, las frases: *lo fuerte* —el rigor— del verano; *ser fuerte en* —saber mucho de— geografía; en lo más fuerte —recio— de la batalla; el más fuerte —adelantado, cuando se trata del más aplicado y no del más vigoroso— de la clase.)

No es lo mismo. (3): Una cosa es el acto de presentar, la presentación, y otra el aspecto o la figura o la disposición de un individuo. Y el sujeto de mala presencia o la muchacha de buena presencia, no son de mala o buena “presentación”, respectivamente. (Cuenta también con

numerosos adeptos la voz presentado, vuelta disparate cuando va en expresiones como ésta: “Solicitamos secretaria *presentada*”, a cambio de “secretaria de *buena presencia*”.)

Un viejo conocido. (4): *Checado*, por supuesto, ni es inglés ni español. Aquellas referencias que señala la empresa norteamericana del anuncio serán cotejadas, verificadas, confirmadas, revisadas, examinadas, estudiadas, comprobadas, y no “checadas”.

Denominación discriminada. Se ha vuelto costumbre, aun en periódicos y libros que en ella se editan, rebajar la importancia del nombre propio de la capital mexicana, escribiendo con minúscula su primer término: *ciudad* de México. Empero, cuando se trata de alguna porción de la metrópoli, entonces no hay empacho en usar la debida mayúscula: *Ciudad de los Deportes, Ciudad Jardín, Ciudad Universitaria*. Cabe la minúscula de marras al tratarse de distintas poblaciones del país, porque ciudad de México es Puebla, y lo es Guadalajara y lo es Monterrey. También, como ellas, la capital es *una ciudad* de México, efectivamente. Sin embargo, la mayúscula por lógica se impone al escribir su nombre: *Ciudad de México*. Así se llama. (Lo de México DF, copia de Washington DC, que coloca absurdamente a la urbe principal de la nación en dependencia del Distrito Federal, vino después.)

Cocineras de la lengua. No solamente se le falta al respeto al idioma haciendo caso omiso de la sintaxis, atentado contra la gramática, corrompiendo la representación vocabular de los conceptos o transformando el sentido legítimo de las voces. También se le afrenta utilizándolo en las manifestaciones de la cursilería. Para muchos escritores, su faena consiste en eso, en lo que podría denominarse *cursilear*. Y el fallecimiento del arzobispo les ha servido, como pocos otros sucesos, para saltar las trancas del buen gusto, corretear a cuatro patas por la llanura de la estupidez y dejar regadas las bolitas de su desatada cursilería. Sin ir más lejos, la información de uno de los periódicos de la Ciudad de México ofrece ejemplos de sobra. “El dolor del pueblo es *el dolor de Dios*. Un coro de graves voces, en humilde súplica, partió de la cripta, llegó hasta los más apartados rincones de la vasta nave y se abatió sobre las inclinadas figuras que, en *sinfonía de dolor*, se hallaban postradas sobre las vetustas

pedras del atrio; sobre la *cementosa* arena, o más lejos aún: sobre el cálido pavimento *del arroyo*". ¿El español del Arcipreste, el español de Cervantes, el español de Bernal, el español de Alba Ixtlixóchitl, bravo idioma, tan bravo como bello y sereno; el idioma de nuestros abuelos, de nosotros y de nuestros hijos, un idioma del que nos enorgullecemos, puede ser convertido en vocabulario de noveleros de color de rosa? "Dios *se acercó más* a México y a sus hijos. *La presencia* de su grandeza *destacó* más nuestra pequeñez. Ayer, con voz que era *de dolor y esperanza de pueblo*, voz gigantesca como la que dominó por encima del estampido de los rayos *del Sinaí* para hablar a Moisés, Dios *se acercó* a recordar la verdad de su existencia".

Blasfemias y melcocha. Lenguaje de engaños torpes, de exageraciones atrabiliarias, de

relumbrón barato, de rococó atroz. "Y en la impotencia *vencida* de un cadáver de príncipe les recordó la *infinita* pequeñez del hombre, pero en el mismo instante les recordó su promesa, el pacto que la penitencia humana *le arrancó* un día, después del Diluvio, y que ayer *se refrendaba* después de *otro diluvio*: el de las lágrimas de todo un pueblo que en esos momentos se sentía *huérfano y desamparado*".

Habla prostituida. Lo peor es que, con tales engendros, se hace creer al lector común y corriente que la lengua es una callejera dispuesta a dejarse manejar por el primer chulo cursi y mentiroso que la atropella, según a éste se le venga en gana. Y que hay libertad para decir: "Una madre, cubierta de negro rebozo, musitaba ininteligibles oraciones mientras el hijo se asía a su cuello y gemía; de los ojos de



Martín Luis Guzmán en el Primer Congreso de Academias de la Lengua Española

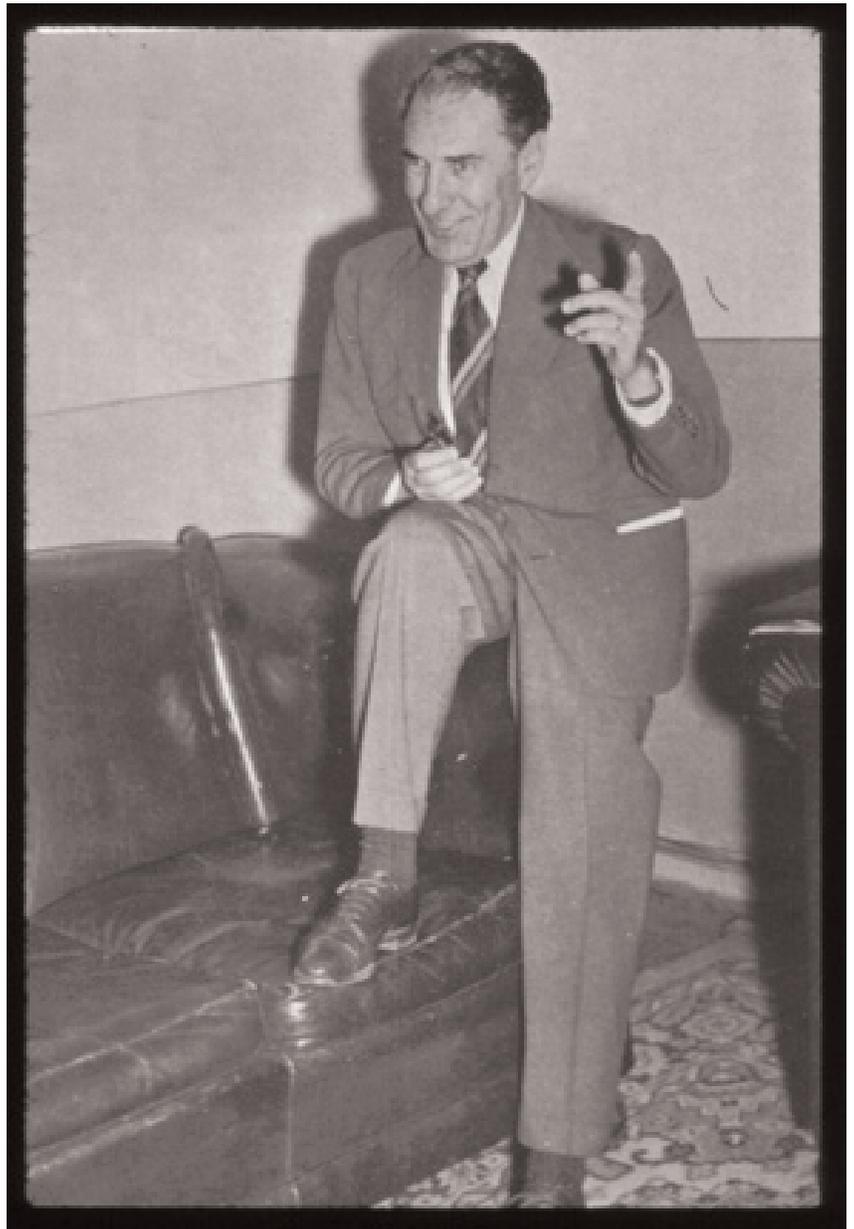
esa mujer, agobiada por la miseria, escurrían lágrimas *suplicantes de un milagro que se transformara en pan*".

"**English spoken**". Del café de chinos se pasa a la *fuelle de sodas*. Lo que allí sirven es de menor calidad de lo que puede consumirse en el café. Sin embargo, su carta se arregla conforme a los dictados de la discriminación del pobre y del que habla el lenguaje de Cervantes. Los precios son altos y a la torta compuesta la reemplaza el *club-sandwich*, y al filete el *steak*, y al pastel el "pai". "Entonces uno tiene que huir ante el acoso de los búfalos que todo lo derrumban; ante la furia imperial del becerro de oro que todo lo ha comprado —la pequeña república, el pequeño tirano, los ríos, la energía eléctrica y los bancos—; y es inútil invocar el nombre de Lincoln y es por demás volver los ojos a Juárez, porque a los dos los ha decapitado el hacha y no hay respeto para ninguna paz, para ningún amor" (*Avenida Juárez*, poema de Efraín Huerta).

Lengua humillada. "De qué nos sirve aprender el español en nuestro país, si aquí en México todos nos hablan en inglés?", preguntan algunos turistas. "¿Por qué en muchas escuelas se esmeran enseñando el inglés, cuando que los alumnos, todos ellos mexicanos, todavía no han aprendido bien el español?", preguntan varios padres de familia. Y el mexicano patriota pregunta: "¿Cuándo estallará la guerra, tan necesaria, en defensa de nuestra discriminada lengua nacional?"

Neologismos de tevé. Transcribimos en seguida dos renglones de una sección de crítica: "Los *televidentes* mexicanos, de cierta cultura, se sienten alarmados por el aumento de programas pésimos". La televisión es cosa nueva y, por su mucha importancia, además, irá dando origen día a día a una mayor cantidad de neologismos. Los cuales, empero, no tienen por qué dejar de ajustarse, cuando menos, a la lógica. Quien se planta frente a la pantalla de un aparato de televisión, al hallarse funcionando éste, es un *televedor*, un *telemirante*, un *telespectador*; o, representada la televisión por la abreviatura *tevé*: un *tevedor*, un *tevemirante* o un *tevespectador*. La costumbre impondrá a alguno de estos neologismos, u otro parecido o, sencillamente, al giro *spectador de televisión*. No es incorrecto *televidente*; sin embargo, ya que lo usual consiste en

dar a vidente ("que ve") el significado de "persona que ve el pasado y el futuro", más vale no emplearlo. En la columna de referencia se añade: "¿Acaso la ciencia y el arte de *televisar* deben hallarse en manos de advenedizos y de improvisados?". He aquí algo totalmente inadmisibile, pues visar no es sinónimo de ver. Quiere decir: "poner el visto bueno a un documento, tras de examinarlo" o "dirigir la visual, la puntería". De tal manera que "televisar" es un absurdo. ①



Martín Luis Guzmán en su despacho de la revista *Tiempo*